

INTEGRISMO Y PROTESTANTISMO EN EL SIGLO XIX ESPAÑOL. UNA POLEMICA SEVILLANA

por JOSE MANUEL CUENCA TORIBIO

MATEOS GAGO ANTE EL PROTESTANTISMO

Abanderado del catolicismo más integrista, el polemista y sacerdote gaditano Francisco Mateos Gago consagró una gran parte de sus esfuerzos a poner al descubierto las «falsedades y escándalos» de las sectas protestantes, en particular, durante el ciclo del Sexenio democrático. Penetrado por el más ardoroso espíritu tridentino, los grandes reformistas del Quinientos se le aparecían como herejes y pecadores, causantes de gran parte de los males de la Cristiandad en los siglos siguientes. Si en el campo de la Teología lograron infiltrar su veneno en las filas mismas de la jerarquía eclesiástica y propiciado en cierta medida la pujanza del Galicanismo, en el terreno científico su influencia se constataba aún más perniciosa. Las corrientes de pensamiento germanas, en la que se sustentaban las bases de una nueva cosmovisión, tenían su fuente doctrinal en Lutero y sus seguidores. El manantial del Protestantismo era aún más impuro al brotar del pecado de la carne, pues toda la doctrina del ex-agustino no era otra cosa, para su impugnador gaditano, que un falaz armadillo para justificar su caída...¹.

1. «Lutero, después de Andrés Bodenstein (Carlosdatio) y otros sacerdotes lujuriosos, dió el ejemplo de casarse públicamente, espantando al mismo Melancton su

Si al nivel teórico sus dardos se centraban sobre el pensamiento y las figuras de la religión reformada germánica o, mejor aún, centroeuropeos, serán, no obstante, los británicos los que acaparen todas sus controversias y combates periodísticos. Diversas circunstancias explican tal «preferencia». Por encima de todas, las geográficas, ya que la presencia inglesa en Gibraltar facilitaba en sumo grado la propagación de la herejía por las tierras sureñas. Ante tal avance la resistencia que podía ofrecerle el catolicismo andaluz no era consistente dada la escasa cultura del pueblo, que lo convertía en presa fácil para las prédicas de los pastores ingleses².

Entre éstos ocupaba un puesto de vanguardia algunos renegados españoles, arrojados también al fango por la concupiscencia. En efecto, era esta la causa a la que imputaba Mateos la defección del catolicismo de la mayor parte de los ministros protestantes hispanos. Así sus esposas ocuparán un lugar de privilegio en el fresco de los reformados españoles dibujando por nuestro autor. La «Pepa» de Juan Bautista Cabrera o la «criada francesa» de Nicolás A. de Marselau recibirán tal tratamiento en sus artículos que sus cónyuges llegarán a rehusar cualquier controversia pública con él mientras no limpiara el honor de sus mujeres. Para Gago éstas serán siempre, en última instancia, el motivo de perdición de los exsacerdotes que habíanse integrado en las sectas, desde los que detentaban la dirección de las comunidades hasta los más humildes fieles, como era el caso del presbítero Celedonio Martínez: «Este anciano se ordenó después de enviudar, creo que allá por la diócesis

más querido discípulo, que se queja en la carta a Camerario de la escandalosa conducta del Maestro; y es fama que aquel Patriarca de prostitución sacrílega tuvo un hijo a los dos días de su nefando concubinato, por lo que un chusco (citado por Markel) le hizo este retrato.

*Luterus, heri monachus, hodie sponsus, cras maritus, perendie pater;
Festina lente Lutere; quod cito fit, cito perit.*

Y si Lutero tuvo un hijo a los dos días de casado, en cambio otros Sacerdotes católicos llevan ya sus hijos al verificar su paso a la reforma. ¿No es verdad Sr. Cabrera, que V. conoce algunos? Con cuanta razón un sensato escritor protestante decía con tristeza, que, según sus observaciones, el paso del protestante al Catolicismo se verifica siempre por el camino de la virtud; mas el del católico, sobre todo si es Sacerdote, por el camino de los vicios». MATEOS GAGO, F., *Colección de Opúsculos*. Sevilla, 1877, III, 18.

2. Cfr. Miranda García, S., *Pluma y Altar. Del cura Santa Cruz a Galdós*. Madrid, Ed. Pegaso, 1984.

de Sigüenza. Enloquecido en su chochez con los amores de una muchacha se fue con ella a Gibraltar, y de allí pasó a Orán, este pobre payaso no tiene en la iglesia disidente más aplicación que limpiar los bancos de la cabreriza y ser el hazmerreír de los afiliados. Con su joven al lado y una pequeña criatura que han traído al mundo, aseguro a V. que hay pocos tipos de ridiculez que inspiren tanta lástima como este pobre anciano»³.

Tras el recurso a la carne, los móviles económicos representaban para el polemista el segundo vector de la incidencia en la apostasía de los exclérigos católicos. Ninguno de ellos pertenecía a las altas instancias eclesiásticas, militando tanto exseculares como exregulares en esa nutrida masa del clero, cuyo status social se identificaba, en buena medida, con el de las capas humildes de la sociedad ochocentista⁴. Continuas son las referencias de Mateos a los elevados estipendios que percibían los pastores protestantes de fuentes británicas o norteamericanas. El catedrático sevillano se recreará en poner de relieve la baja cuna y dificultades económicas de la infancia de hombres como Marselau o Cabrera, a quienes su servicio a la causa de las Iglesias separadas les había proporcionado un *modus vivendi* con el que jamás pudieron soñar⁵. De esta forma alzará su voz para denunciar los 20.000 reales anuales que percibía «el exescolapio de Benisa» desde el momento en que se hizo cargo de la Iglesia evangélica hispalense tras el cese de Simó y Soler. Desmesurada debía parecerle esta cifra al catedrático, cuyo sueldo como tal ascendía en 1876, según confesión de parte, a 4.500 reales al año. En cuanto a Marselau, complacíase aquél en airear a los cuatro vientos el origen americano de sus canales de financiación, lo que le permitía sustraerse en más de una ocasión a la férrea disciplina impuesta desde las Islas Británicas a las comunidades protestantes de España. El resto de los dirigentes reformados no salía mucho mejor parado en lo que hace a este punto. Botón de muestra de esta reiterada denuncia de Mateos acerca de sus ansias pecuniarias es el siguiente juicio del polemista sobre un pastor protestante y su cuidado por continuar en el disfrute de un beneficio eclesiástico: «El joven M.P. también es seminarista externo, enemigo de las prácticas romanas,

3. Mateos Gago, F., *Colección de...*

4. *Ibid.*

5. *Ibid.*

menos de las capellanías porque disfruta una muy pingüe. Es mozo de provecho y dispuesto siempre al martirio por las cosas cabreristas; pero si la autoridad eclesiástica lo llama, y huele que puede peligrar la capellanía, reniega del P. Cabrera, jura y perjura que es católico, apostólico, romano, y que le prueben que él es el cabrito que lleva la marca M.P.»⁶.

Terreno siempre extremadamente delicado éste por el que transitaba, con asiduidad que a veces se hace sospechosa, el pugnaz escritor andaluz, resulta difícil al par que ingrato deslindar la imaginación de la exactitud. Sabido es a este respecto cómo los más radicales paladines del integrista hispano ochocentista coincidían en situar a la lujuria en lugar preeminente entre las manchas y defectos de los proselitistas de las sectas reformadas.

Así como sus sátiras carnales merecerán, en conjunto, una firme descalificación, los móviles pecuniarios esgrimidos por Mateos Gago como elemento también esencial en la vocación protestante de algunos exsacerdotes católicos son más explicables que acudan a los puntos de la pluma del polemista andaluz. Suprimida la ayuda estatal al clero por los gobiernos de la Gloriosa, el alto nivel de vida gozado por los pastores protestantes encalabritaba al sacerdocio español, que atravesaba entonces una situación hartamente precaria. Desde esta perspectiva, pues, como decimos, puede hallar cierta indulgencia los varapalos propinados por Gago a sus rivales. Al presentar los principios teológicos de la Reforma como un cúmulo de falsedades, nuestro autor pretendía demostrar la imposibilidad de admitirlos incluso por los llamados a propagarlos, que sólo se movían así por intereses monetarios que les empujaban a representar una verdadera comedia⁷.

6. Ibid.

7. «El reverendo ex-padre ex-escolapio D. Juan Bautista Cabrera, o sea Juan, como le llaman simplemente los chicos de la cabreriza, es una completa notabilidad. Nació en Bensa, provincia de Alicante, y afolló en la fragua en que su buen padre se buscaba la vida. Lo educaron, de gracia se entiende, los escolapios de Gandía, donde profesó y se ordenó de Presbítero, cuando estaba ya en vergozosas relaciones con la Pepa. Un año después de su ordenación se fue, fingiéndose comerciante, a Fuente la Higuera, donde la Pepa tenía abierta una academia de niñas, y los dos pichones emprendieron la fuga a Gibraltar. Despreciado allí de católicos y protestantes pasó grandes trabajitos y se buscó la vida dedicándose a forrar habitaciones con papeles pintados. A pesar del triunfo de la gloriosa, el padre no se atrevió a moverse

A las dos grandes sombras que, según Mateos Gago, ennegrecían toda la acción proselitista reformada hay que añadir aún otra más: la incultura. Aquí, en este campo, el polemista integrista se complacerá en reiterar sin descanso las grandes carencias de sus contrincantes. Gran parte de sus respuestas y contestaciones a los artículos de «El Eco del Evangelio» y «El Cristianismo» se centran en poner a la luz la falta de cualquier rigor científico y teológico de sus adversarios: «...Pero sobre todo, ¡qué numerosa y brillantes pléyade de colaboradores nos exhibe su Revista! Estoy seguro, P. Cabrera, de que explotando con su rara habilidad esa rica mina, oscurecerá bien pronto y sin esfuerzos, todas las grandezas pasadas del Protestantismo, incluso las de los sabios Centuriadores de Magdebour. Los colaboradores de su periódico, todos sin excepción, sacerdotes y seglares, son estudiantes cuyas condiciones conoce toda Sevilla. En ellos hay hombres que no han podido realizar entre nosotros su aspiración de tener una *capellanía de monjas*, porque ni para eso se creyó que podían servir; hay quien en cuatro o cinco cursos no ha podido ganar más que uno; de seguro algunos han precipitado su marcha a la calle del Negro con V., huyendo de los presentes exámenes, porque no sabían una palabra de sus respectivas asignaturas; en fin, hay escritor en su periódico que llevó calabazas en el simple examen de suficiencia al recibir la prima clerical tonsura.

Qué significa, pues, el milagro de que en el espacio de dos semanas se nos presenten como autores de himnos los que nunca compu-

de Gibraltar, hasta que Simó y Soler lo llamó para que le ayudase en la misión de Sevilla; pero, cría cuervos. El padre vino, y su primer cuidado fue desbancar a Simó a quien hizo salir de esta capital, quedándose él de jefe con 200 libras, o sea 20.000 reales de renta, y no sé cuanto para *gastos de familia*, pues la reverenda Pepa nos edifica de cuando en cuando con sus *sagrados* partos.

Su importancia científica es inmensa; predicador notabilísimo, escritor fecundo... ¡qué sé yo! calcule V. que entre los escolapios llegó a maestro de primeras letras, en cuyo ejercicio tuvo el tropezón con la Pepa, y que desde entonces no ha manejado más libros que el Silabario. Aquí vino escribiendo hasta con los pies y charlando por los codos, y cuando lo desafié a que tuviésemos una conferencia pública hablada, la excusó con notable modestia, diciendo que *no estábamos en tiempos de justas ni torneos*, ni él *pretendía hacer oposiciones a ningún canonicato*. En cuanto a discusiones escritas nunca he podido conseguir que sus escritos y los míos vayan juntos en un mismo periódico escogido por él y costeado por mí; sobre celibato y otros puntos ha propuesto algunas discusiones; pero a la primera media contestación que le doy, se calla como un muerto, y dice muy cariparejo a sus lectores que *yo no me atrevo a contestarle*». Ibid., 195-6.

sieron una copla de fandango, como escritores de conceptos predicables, los que jamás lograron enjaretar una plática en nuestra Iglesia...»⁸.

Algo más en razón pueden considerarse, tal vez, los inmisericordes ataques del catedrático sevillano a propósito de las carencias culturales de sus enemigos; pero incluso en este terreno su irrefrenable propensión por la caricatura y los chafarrinones trasgreden la exactitud. Por ejemplo, una de las «bestias negras» de su pluma, el antiguo escolapio Cabrera, fue diligentemente instruido en Gibraltar, junto a Simó y Soler, en su nueva fe por los responsables de la comunidad evangélica del Peñón. Ello no fue obstáculo para que nuestro integrista, un mucho prevalido de sus títulos académicos y de su notable formación escolástica, estimase mínima e irrisoria la cultura, en especial, en el plano teológico, de sus contradictores.

Es amplia la gama de cuestiones discutidas en los artículos y folletos, en las réplicas y contrarréplicas de Gago y sus oponentes. Nuestro polemista, principal portavoz —insistiremos— de los sectores ultramontanos hispalenses, originaría por su afán de descubrir a la luz pública los «verdaderos» intereses de los reformados un revuelo más que notable. El propio cura gaditano nos da cuenta, con cierto gracejo, de los deseos de algunos cabreristas de batanearlo⁹, o de las abundantes pintadas que gritaban un «Muera Gago» desde las enclavadas tapias de la ciudad. «...Pero no adularé jamás a nadie; diré siempre la verdad lo mismo al grande que al pequeño, al pueblo como al individuo, sin temer las iras de los que se ofendan; me reiré de las farsas y de los farsantes, y lamentaré las burlas que so pretexto de política hagan a nuestro engañado pueblo, los que nunca han sabido mejorar su triste situación, ni enjugar su amargo llanto. Si por esto se me señala a las iras populares; si mi nombre se escribe con negro cisco por las esquinas de la ciudad, yo continuaré enjugando cuantas lágrimas pueda en mi pobre y reducido círculo, nadie podrá impedirme el tomar una parte muy activa en las aflicciones de mis desgraciados hermanos, ya pertenezcan a los perseguidos monárquicos como a los engañados republicanos. Me encuentro a cada paso con un *Muerta Gago* de los que multiplican por

8. Ibid.

9. Ibid.

las paredes de Sevilla los caritativos afiliados al cabrerismo; yo me detengo un momento; rezo un devoto responso por el pobrecito Gago, y continuo luego tan satisfecho y tranquilo, diciendo para mi sotana: *Por ahí me las den todas*»¹⁰.

En un ambiente de alta tensión proliferaron las controversias epistolares, los artículos periodísticos de elevada temperatura, los apasionados folletos y opúsculos e incluso las peleas callejeras¹¹, en momentos tan significativos como las vísperas de un Concilio en el que la posible definición de la infalibilidad papal afectará a las premisas esenciales del protestantismo. En esta cruzada periodística, Mateos no rehusó la batalla; antes al contrario, se convirtió en el capitán de una nutrida tropa, en la que se alineaban como soldados más ardientes algunos de sus compañeros de claustro —entre ellos, su hermano José— y los capitulares del Cabildo catedralicio, que tenían en su chantre, Cayetano Fernández, el más significado valor de la causa mencionada¹².

Al bando opuesto tampoco le faltaban cualificados representantes. La inferioridad numérica la compensaban con una acidez en la que Gago hallaría justificación para los repetidos desbordamientos de su pluma. En torno a los tantas veces citados Nicolás Alonso Marselau y Juan Bautista Cabrera se aglutinaba un combativo grupo compuesto en esencia por los colaboradores de «El Evangelio», entre los que se contaban Luis Fernández Chacón —presbítero extremeño que acabaría por regir la secta en Córdoba tras la defecación de Simó—, Pablo Pizarro, Sánchez Meneses —que pronto abjuró del «cabrerismo»—, los González Encinas, Pablo Sánchez —con posterioridad pastor protestante en Huelva—, etc.¹³.

Unos y otros se lanzarían a una lucha sin cuartel. Si «El Eco del Evangelio», dirigido por Marselau, y «El Cristianismo», de Cabrera, serán los «órganos oficiales» de las sectas, sus antagonistas tendrán en el monárquico y confesional «El Oriente» de su más notable vehículo de expresión¹⁴. Tampoco faltarán las hojas sueltas, vendi-

10. Ibid.

11. Ibid.

12. Cuenca Toribio, J.M., *Historia de Sevilla. Del Antiguo al Nuevo Régimen*, Sevilla, V, 1986, 3.^a.

13. Mateos Gago, F., *Colección de...*

14. Ibid.

das a «voz de ciego» por dos cuartos, en las que el responsable de la comunidad evangélica y el profesor universitario se atacarán con tanta saña como pasión. El rápido agotamiento de estas últimas publicaciones será una prueba evidente del interés suscitado por la controversia¹⁵.

15. Ibid.